Por decirlo mas breve, nosotros no somos conocidos perfectamente sino de Dios solo; y esto en el punto mas esencial, a saber, si somos o no a sus ojos dignos de amor o de odio. No podemos aun decir con certeza si una sola de nuestras acciones le es agradable. Estaremos en esta ignorancia durante toda nuestra vida, y por lo mismo nos será siempre imposible poder fallar con entera certeza sobre la pureza de nuestras intenciones. Porque si estuviésemos seguros de que son puras, lo estaríamos también de su santidad, y por una consecuencia necesaria de que estábamos en estado de gracia. Por esta razón debemos decir siempre con David: *Purificadme, Señor, de mis faltas ocultas* (Ps. XVIII, 15): y este santo Profeta justamente exclamaba: *¿Quién es el que tiene un entero conocimiento de sus pecados?* ¡Verdad bien aflictiva en sí misma, y muy desolante para el amor propio que siempre busca en todo seguridades! Pero en los designios de Dios solamente debe servir para humillarnos, y no para desesperarnos. Si no puede llegarse en este punto a una certeza indudable, a lo menos se puede, ejercitándose y dirigiéndose a Dios, tener sobre esto una certeza moral, que basta para tranquilizarnos; pero tampoco debemos omitir cosa alguna para procurárnosla.

¿Qué cosa es, pues, la pureza de intención? Es una mira que tiene a solo Dios por objeto, y que no está mezclada de ningún propio interés. La intención por no ser pura, no es siempre formalmente mala: porque sucede con frecuencia que la intención principal es buena, pero manchada por una intención accesoria que se junta a ella. Un ministro del Señor, por ejemplo, en sus trabajos apostólicos quiere principalmente la gloria de Dios; pero no es insensible a los aplausos humanos: esto basta ante los ojos infinitamente puros de la Divinidad, para que su primera intención, y la acción hecha en seguida, no sean del todo santas, ni queden al abrigo de toda reprensión.

Ya que somos cristianos imperfectos, juzguemos por aquí el mal imperceptible que se insinúa en casi todas nuestras acciones. No entraré en pormenor alguno, porque esto me conduciría demasiado lejos. Pero ¡cuan distante estaríamos de toda vana complacencia, si estuviésemos bien penetrados de esta verdad! Y esto es lo que Dios pretende; porque él no nos salva sino por la humildad, y no por la confianza en nuestros méritos. Los Santos que estaban bien persuadidos de esto, temblaban, como Job, en todas sus acciones; y san Agustín exclamaba con motivo, aun de su misma madre santa Mónica: *¡Oh Dios mio! ¡ay de la vida, aun la más loable, si Vos la analizais sin misericordia!*.

Y ¿qué conviene hacer para adquirir esta preciosa pureza de intención? Estar siempre alerta sobre los motivos que nos impulsan a obrar, a fin de apartar no sólo los que son evidentemente malos, sino también los que son imperfectos. Mas nosotros no separamos lo que hay de imperfecto en nuestros motivos sino a medida que avanzamos, y que nuestras luces espirituales se aumentan. Dios no acrecienta estas luces sino progresivamente, según el buen uso que observa que hacemos de ellas; las proporciona a nuestras necesidades presentes, y al grado actual de pureza que exige de nosotros; y a beneficio de ellas observamos con el tiempo en nuestras intenciones ciertos defectos que al principio no se percibían, y que el mismo Dios apartaba de nuestra vista. Porque ¿quién es el principiante que, por buena voluntad que tenga, pudiera soportar la vista de las acciones que él juzga mejores, si Dios se las mostrara tales como él mismo las ve? Habría motivo para caer en el mayor desaliento. Dios ha concedido esta gracia a algunos Santos, y a favor de ella concibieron el mas profundo menosprecio de sí mismos; pero no todos son capaces de sobrellevar tamaños favores.

Para darme a entender mejor, quiero poner un ejem-

plo de estos modos de ver imperfectos. Dios ordinariamente siembra de flores la entrada de la vida espiritual; derrama en ella sus dulzuras y consolaciones en abundancia, a fin de despegar al alma de todo lo que no es él, y facilitarla los ejercicios de la vida interior, que sin esto la causarían enfado. El alma que nunca había probado cosa mas deliciosa, se apega fuertemente a ello. Renuncia todas las cosas por gozar de estas dulzuras, se entrega a la oración y a la mortificación de los sentidos: no encuentra gusto sino en solo Dios: todo cuanto la aparta de tan dulce compañía le es insoportable. Si Dios se ausenta por algún tiempo, queda desolada, da gritos en pos de él para que vuelva; le busca con inquietud, y no descansa hasta que lo ha vuelto a encontrar.

En esto hay, sin duda, mucha imperfección: el motivo es bueno, pues es Dios a quien busca; pero este motivo no es puro, porque busca además las dulzuras espirituales y el gusto sensible de Dios. Pero es muy a propósito hacer ver que la simplicidad, de la que muy pocos tienen una noción exacta, es la perfección por excelencia, y la raíz de toda perfección. Para esto es preciso remontarse hasta el mismo Dios, y considerarla primeramente en él.

No hay ninguna cosa que sea perfectamente sencilla sino lo que es infinito, ni ninguna cosa infinita sino lo que es perfectamente sencillo. Todo lo que es finito es múltiple o compuesto, y todo lo que es múltiple es finito. En esto no cabe excepción. Así la perfecta simplicidad no conviene sino a Dios, y por ella se da razón de la infinidad de sus perfecciones. El ser de Dios es inmenso por lo mismo que es simple, y es todo en todas las cosas, sin extensión ni división. Su eternidad es infinita, porque es simple, no teniendo ni principio, ni medio, ni fin, y excluyendo la idea misma de la duración, que denota una sucesión de instantes: su poder es infinito, porque es simple, extendiéndose a todo lo que es posible, y cuya exis-

tencia no encierra ninguna contradicción, y ejercitándose sin esfuerzo alguno, por un puro acto de voluntad. Su ciencia es infinita, porque es simple, y consiste en una sola idea, que es la idea misma de Dios, en la que él ve todo lo que fue, es y será, y todo cuanto debe permanecer en el orden de las cosas posibles. La esencia misma de Dios es infinita, porque es simple; en él la esencia es la existencia; los atributos son una misma cosa entre sí y con la esencia, no distinguiéndose sino por precisiones que nosotros imaginamos según nuestro débil modo de concebir. En él aún la potencia es acto, y la facultad ejercicio; de modo que el entendimiento divino es un entender, y la voluntad divina un querer eterno.

Esto mismo sucede con los atributos morales. Aunque finitos en sus efectos por respeto a nosotros, son infinitos en sí mismos por razón de su simplicidad: tales son la santidad, la sabiduría, la bondad, la justicia, la misericordia. El fin que Dios se propone en todas sus obras, es igualmente infinito, porque es simple: esta es su gloria, a la cual es necesario que todo se refiera. Los entendimientos ejercitados en reflexionar pueden seguir esta sublime teoría, que yo solamente enuncio.

Siendo, pues, la simplicidad el principal carácter de las perfecciones de Dios, de sus designios, y de sus operaciones, es menester no sorprenderse cuando se dice que ella es también la que mas contribuye a la perfección de la criatura racional. Por lo que toca a esta no puede tratarse de la simplicidad física, pues que es esencialmente finita, pero es capaz de la simplicidad moral, y a ella debe aspirar con el mayor conato.

Esta simplicidad con respecto a la criatura, se reduce a una sola cosa, que es, no tener mas que a Dios por regla de sus ideas y juicios, por objeto de sus deseos, y por blanco de sus acciones y sufrimientos; y referírselo todo, preferir a todo su beneplácito, no ver y no seguir en todo

sino su santa voluntad. He aquí una multitud de cosas encerradas en pocas palabras. El alma es verdaderamente simple cuando ha llegado a este amor único de ver a Dios, y entonces está consumada en la unidad. Inefable unidad, que en cierta manera nos diviniza por la unión moral la mas perfecta con aquel que es soberana y absolutamente uno. Una a uno decía sin cesar un famoso contemplativo. ¡Qué sentido tan profundo no se encierra en esta tan corta palabra! Expresa toda verdad, toda perfección de la santidad, como también toda felicidad, de la que es ella el origen. Dios es uno, y su unidad es tal que no puede convenir sino a él solo. Es uno, y todo lo atrae necesariamente a su unidad; es uno, y todo lo santifica por la participación de su unidad; es uno, y todas las criaturas capaces de ser felices no lo son sino por la posesión de su unidad. Para que, pues, el alma sea santa y feliz, debe ser una por su adhesión de espíritu y de corazón a él, debe ser una para él solo, y una sin ningún retorno sobre sí misma. Si con Dios se mira a sí mismo, sea en lo que fuere, por una mirada que la distinga de Dios, ya no es una, ni simple moralmente; sino que es doble, pues que tiene dos objetos; y mientras permanezca en este estado, es imposible que esté inmediatamente unida a Dios: no lo está acá abajo, no lo estará en la otra vida, sino después que el fuego purificante la haya desprendido de toda multiplicidad.

Si aspiramos a la santidad, si aspiramos a la felicidad, aspiremos también a la simplicidad y a la unidad. Apliquemonos a simplificar nuestras miras o intenciones, reduciéndolas a la única vista de Dios: olvidémonos de todo por no pensar mas que en él solo: no tengamos otra voluntad que la suya, ni otros intereses que los suyos: no busquemos mas que su gloria, y que su felicidad sea la nuestra. Tal es el estado de los bienaventurados. Nosotros no seremos admitidos a la vista y al goce de Dios, sino

cuando estemos en esta disposición; procuremos, pues, adquirirla mientras caminamos por la tierra, en cuanto somos capaces de ella.

Pero, ¡ay! ¿qué podremos hacer para adquirir esta sublime simplicidad, cuya sola idea sobrepuja todos nuestros conceptos? Roguemos al Ser infinitamente santo que se digne trabajar por sí mismo para simplificarnos; consagremonos y dediquémonos a él con esta intención. Pero cuanto mas obre Dios solo en nosotros, cuanto mas dóciles seamos a las operaciones de la gracia, mayores progresos haremos en la simplicidad sin percibirlo, y aun sin querer fijar en ello la atención.

Simplicidad en nuestro entendimiento, del que Dios desterrará tantas preocupaciones, tantas opiniones inciertas, tantas dudas, tantos juicios falsos, para sustituir a todo esto su simplicísima verdad: del que apartará también las reflexiones, las prevenciones, las desconfianzas, las sospechas, hijas todas de una falsa prudencia, reduciendo insensiblemente nuestros razonamientos múltiples a una vista de simple inteligencia.

Simplicidad en la voluntad, que no tendrá sino un solo deseo, un solo temor, un solo amor, un solo odio, y un solo objeto de sus afecciones, y que estará aficionada a este objeto con una rectitud invariable, y con una fuerza que nada será capaz de disminuir.

Simplicidad en las virtudes, que todas se concentrarán en la caridad, y se confundirán con ella en cuanto lo permite el estado de la vida presente. Simplicidad en la oración, que no será, por decirlo así, mas que un solo acto que encerrará en sí todos los otros en grado eminente. Simplicidad, en fin, en la conducta, siempre igual, siempre conforme, siempre recta y verdadera, siempre emanando del mismo principio, y rematando en el mismo término. La rectitud, de la que todavía tengo que hablar, no es otra cosa que la pureza de intención y la simplici-

dad bajo otro nombre. Así la Escritura, hablando de Job, junta en uno estos dos elogios, y le llama *hombre sencillo y de corazón recto* (Job, II, 3). El alma es recta, en efecto, cuando sigue una regla simple, que no varia, que no tuerce, y de la que no se desvía nunca; cuando su dirección es siempre la misma, y que como la línea recta tiende a su centro por el camino mas corto. Este centro del alma es Dios, que la ha dado una tendencia íntima hacia él; tendencia que, en tanto que ella la conserva, la mantiene en la inocencia y en la paz, y de la que no puede separarse sin caer en el pecado y en la turbación.

Mas, el alma no se aparta de Dios, sino volviéndose a plegar y a encorvar sobre sí misma, dándose así otro centro y otra dirección: de este modo pierde su rectitud primitiva. El alma recibió un movimiento; y ella misma se imprime otro en un sentido opuesto; lo que, por una continuación de desvíos, la aleja de Dios y la vuelve a sí misma.

Dios hizo al hombre recto (Eccles. VIII, v.30), como dice la Escritura, y vuelto únicamente hacia él, con una secreta inclinación para acercarse y unirse a él; pero por su imperfección hereditaria, el hombre podía tender a sí mismo; tuvo esta tentación y cayó en ella. De aquí provino el pecado original y sus consecuencias, que dieron una fuerza prodigiosa a esta tendencia hacia nosotros, a la cual, sin la gracia que nos llama a Dios, no podemos menos de ceder.

No ignoro que mientras el hombre conserva la gracia santificante, no pierde la rectitud esencial necesaria y suficiente para la salvación. Pero, cualquier retorno del amor propio, cualquier complacencia en sí mismo, cualquier pretensión de su interés sin subordinación al interés de Dios, es una alteración para esta rectitud, es no obrar a derechas, es un desvío tal vez ligero cuyas consecuencias no obstante pueden ser pesadas. El peligro del mas pe-

queño desvío consiste en dos cosas: la primera, en que no podemos por nosotros mismos volver jamás a nuestra primera rectitud, aunque sea muy poco lo que nos hayamos apartado de ella; la segunda, que no somos dueños de pararnos, ni de llevar este desvío hasta un punto determinado: estas dos consideraciones deben determinarnos a no hacer jamás con propósito deliberado un acto solo que se aparte de la vida recta.

Conservemos, pues, en cuanto esté de nuestra parte, la rectitud en la que Dios nos ha restablecido; temamos falsificarla por poco que sea: estemos alerta contra nuestras inclinaciones naturales, que no tienden sino a encorvarla, y a darla otra dirección. En esto, nosotros mismos somos nuestros más peligroso y mas mortales enemigos, porque nos amamos mal, teniendo una secreta inclinación a establecernos centro de todo, a dirigir hacia este centro todos nuestros movimientos, y a referirlo todo a este fin, aun el mismo Dios. Este amor es infinitamente peligroso, por causa de la delicadeza de sus astucias y de sus desvíos, de los que no desconfiamos y aun no nos advertimos lo bastante, teniendo su origen en el fondo de nuestra naturaleza: y para nosotros es mortal, porque siendo Dios la vida de nuestra alma, todo cuanto nos aleja de él, tiende a darnos la muerte.

Examinemos, pues, bien el carácter de nuestra devoción: veamos si es pura, simple y recta. Y como podría suceder estar nosotros alucinados, roguemos, consultemos, y aprovechemonos de las luces que recibimos de Dios. El buen uso que hagamos de ellas nos hará merecedores de otras mayores; e insensiblemente adquiriremos esa pureza de intención, esa simplicidad, esa rectitud de corazón, aun entre las personas que hacen profesión de piedad.

PRACTICAS CRISTIANAS

PRACTICAS PARA CADA DIA

1.ª *Luego de levantado dirás:* O Virgen y Madre de Dios, yo me entrego por hijo vuestro; y en honor y gloria de vuestra pureza os ofrezco mi alma, cuerpo, potencias y sentidos, y os suplico me alcancéis la gracia de no cometer jamás pecado alguno. Amén Jesús. Tres *Ave Marías.*– Dirás un *Padre nuestro* al santo Angel custodio.– Otro a tu santo Patrón.– Y otro en sufragio de las almas del purgatorio.

2.ª Oirás misa, si puedes, todos los días.

3.ª Todas las noches rezarás con atención y devoción una parte del santísimo Rosario.

4.ª Recibirás a lo menos cada mes los santos sacramentos de Confesión y Eucaristía.

5.ª Cuando oigas tocar horas, dirás una *Ave María,* y harás la comunión espiritual.

MODO DE SALUDAR A MARIA SANTISIMA
y de hacer la comunión espiritual cuando dan las horas y en toda otra ocasión.

Cuando oigas dar las horas, dirás: Ave María purísima, sin pecado concebida: *Una* Ave María *y un* Gloria Patri. Y dirigiendo tu corazón hacia el santísimo Sacra-

mento, y aun, si te es fácil, volviendo la cara hacia la iglesia en que esté reservado, dirás con gran deseo de recibirle: ¡Ay Dios mío! ¡quién siempre os hubiera amado! ¡quién no os hubiera jamás ofendido ni agraviado! ¡Ay si yo fuese ahora tan dichoso que os pudiera recibir sacramentado!... Mas ya que no soy digno de ello, dignaos aceptar mi deseo y comunicadme *vuestro amor.* Así sea.

ESCALERA PARA SUBIR AL CIELO

En todo lo que hagas y en cada una de las palabras que digas, acuérdate de tu muerte, del juicio, del infierno y de la gloria; y yo te aseguro que no pecarás nunca y que te salvarás.

Escalones de esta preciosa escalera distribuidos en los dias de la semana

Lunes.– Dirás un *Padre nuestro* y *Ave María,* y luego con pausa y reflexión repetirás diez veces: *He de morir.*

Martes.– Dirás un *Padre nuestro y Ave María,* y luego con pausa y reflexión repetirás diez veces: *He de ser juzgado.*

Miércoles.– Dirás un *Padre nuestro y Ave María,* y luego con pausa y reflexión repetirás diez veces: *¡Ay de mí si me condeno! ¿de qué me habrá aprovechado todo lo del mundo?*

Jueves.– Dirás un *Padre nuestro y Ave María,* y luego con pausa y reflexión repetirás diez veces: *Breve gozar, eterno penar.*

Viernes.– Dirás un *Padre nuestro y Ave María,* y luego con pausa y reflexión repetirás diez veces: *Jesús traba-*

jó y murió para salvarme: justo es que yo trabaje y sufra para salvarme.

Sábado.– Dirás un *Padre Nuestro y Ave María,* y luego con pausa y reflexión repetirás diez veces: *¡Ay bienaventurada patria del cielo! ¡quién sabe si podré alcanzarte!*

Domingo.– Dirás un *Padre nuestro y Ave María,* y luego con pausa y reflexión repetirás diez veces: *Cueste lo que costare, yo quiero salvarme.*

Rezarás cinco *Padre nuestros* y otras tantas *Ave Marías* en memoria de las cinco llagas de Jesús: y siete en reverencia de los siete Dolores de María santísima.

MAXIMAS QUE SIEMPRE HA DE TENER PRESENTE TODO CRISTIANO

1.ª Amarás a Dios nuestro Señor con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas.

2.ª Amarás a tu prójimo como a ti mismo por amor de Dios, y le socorrerás.

3.ª Volverás siempre bien por mal, y nunca te vengarás.

4.ª Tratarás a los otros como quisieras que ellos te trataran.

A LA MAYOR GLORIA DE DIOS

INDICE

LA ORACION DOMINICIAL 3
I. Padre Nuestro 9
II. Padre Nuestro 16
III. ¡Padre Nuestro que estás en los cielos! 21
IV. ¡Santificado sea tu nombre! 26
V. ¡Venga a nosotros tu reino! 32
VI. ¡Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo! 39
VII. ¡El pan nuestro de cada día dánosle hoy! 46
VIII. Perdónanos nuestras ofensas, así como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden 53
IX. Y no nos dejes caer en la tentación 57
X. Mas líbranos del mal. ¡Amén! 62
VIGILANCIA Y ORACION 68
CARACTERES DE LA VERDADERA DEVOCION .. 79
FRAGMENTOS DEL MISMO AUTOR 159
PRACTICAS CRISTIANAS 169